

## CAPITULO IV

## INFLUENCIA DEL CRISTIANISMO SOBRE LOS BÁRBAROS

## § I.—La corrupción de los Bárbaros y el cristianismo.

La Iglesia estaba llamada á educar á los Bárbaros. ¿De qué manera llenó esa misión desde el siglo V al X? El estado de la sociedad, en los primeros tiempos que siguieron á la conversión de los pueblos germánicos, parece poco favorable al cristianismo. Los crímenes de Clodoveo y de sus sucesores han espantado á los historiadores, los cuales andan excogitando frases para increpar á aquellos hombres de sangre y de lodo. Sería difícil, dice *Sismondi*, encontrar en ninguna clase social, ni aun en aquella que llena los presidios, tantos ejemplos de crímenes atroces, de asesinatos, de envenenamientos, y, sobre todo, de fratricidios, como los que ofrecen las dinastías reales durante los siglos V, VI y VII (1). Un historiador alemán compara las escenas referidas por *Gregorio de Tours* á los crímenes que manchan los serrillos del Asia (2). La vergüenza y el dolor abruman á los escritores franceses; el degüello de la Saint-Barthélemy, dice *Dubos*, no es mayor mancha que el

(1) SISMONDI, *Hist. de la caída del Imperio romano*, c. 7.  
(2) WACHSMUTH, *Europaische Sittengeschichte*, t. 1, p. 282.

asesinato de los sobrinos de Clodoveo cometido por los hijos de éste (1). Los historiadores no saben cómo explicar los crímenes de aquella *abominable dinastía* (2). Los unos se niegan á creer en tanta atrocidad, y suponen que hay exageración en los relatos tradicionales; los otros, separando la causa del pueblo de la de los reyes, creen que sería hacer injuria á las naciones el juzgarlas al tenor de sus jefes. Siempre agrada imputar á unos cuantos hombres la corrupción que nos repugna; pero esa ilusión se desvanece cuando se desciende al fondo de las cosas. Los emperadores monstruos eran la horrible expresión de una sociedad monstruosa. Y *Montesquieu* tiene razón al decir que los reyes bárbaros fueron asesinos, injustos y crueles, porque toda la nación lo era. Que se registren los códigos germánicos, y se encontrarán títulos enteros relativos á los asesinatos cometidos en las iglesias ó en los banquetes, y se verán hombres asociados para asaltar á otros en su propia casa,

(1) DUBOS, *Hist. de la monarquía francesa*, lib. v, c. 5.  
(2) GURARD, *Político de Irminon*, t. 1, p. 112.

y parricidios cometidos por codicia, y disposiciones sin número contra los robos cometidos con violencia. Que se lea á *Gregorio de Tours*, y se encontrarán á cada página crímenes inspirados por la sed del oro ó por las pasiones brutales de la venganza y de la envidia (1).

Los historiadores se detienen por hábito en el periodo merovingio; pero se podría continuar el cuadro á través de la época carolingia. Las costumbres de las familias reales pierden algo de aquella franca barbarie que caracteriza al siglo VI; pero en el fondo no son más puras. Carlomagno, el ideal del héroe germánico, colocado por la Iglesia en el número de los santos, toma y deja sus mujeres, como si reinase en Oriente; está indiciado de haber hecho perecer á sus sobrinos, y en el acta de participación del imperio prohíbe á sus hijos que den muerte á sus sobrinos sin juicio previo (2). El primer cuidado de Luis el Bondadoso, á su advenimiento, fué echar de palacio á las mujeres y enviar sus hermanas á diferentes monasterios. Verdad es que los Carolingios no se asesinan mutuamente, como Clodoveo asesinaba á los reyes sus enemigos; pero sus discordias permanentes son poco menos odiosas que aquellos crímenes. Y ¿qué diremos de la sociedad? Si quisiéramos pintarla al natural, no tendríamos más que transcribir los cánones de los concilios contra los perjuros, los adúlteros, los incestuosos, los bandidos, los sacrilegos: es una sociedad en plena disolución.

Los enemigos del cristianismo le reprochan la corrupción de los pueblos bárbaros. *Voltaire* dice que el interés hizo cristianos á los depredadores del imperio, pero que se hicieron más inhumanos (3). Los escritores alemanes acusan al cristianismo de haber alterado la pureza de las costumbres germánicas; y si les creemos, la religión nada tenía que mejorar en sus progenitores; por el contrario, destruyendo la sociedad bárbara, la religión ejerció una influencia desfavorable, porque quitó á los Germanos el principio de su moralidad, mientras que la moralidad cristiana no podía echar raíces en las costumbres sino después de muchos siglos (4). Para apreciar la influencia del cristianismo

(1) LEBELL ha recogido algunos rasgos en su *Gregorio de Tours*, p. 44 y siguientes.

(2) *Charta de Irminon*, a. 806, c. 18 (BALUZE, I, 445).

(3) VOLTAIRE, *Ensayos sobre las costumbres*, c. 11.

(4) LUDEN, *Hist. de los Alemanes*, lib. VII, c. 12; lib. VIII, c. 1.

hay que desechar las ilusiones que se han formado acerca de las costumbres de los habitantes de la Germania. Su religión, apoteosis del valor guerrero, daba la sanción divina á la ferocidad de las costumbres; la venganza y el odio ensangrentaban á las familias, sin que la sociedad interviniese para mantener el orden moral, y los actos reprobables no se sometían aún á la justicia, sino á la fuerza. Tal era el estado social de los conquistadores. El hecho de la conquista debía exaltar todo lo que había de más violento en las costumbres y alterar lo que en ellas había de pureza: era aquella una inmigración, un abandono del país y de sus hábitos, casi una existencia de aventureros. ¿Y cuál era la sociedad con la cual iban á mezclarse los conquistadores? Una civilización en decadencia, podrida por la corrupción. Los Bárbaros no estaban en estado de aprovecharse de los elementos intelectuales que quedaban de la civilización romana, pero sí de tomar sus vicios. No es, pues, al cristianismo á quien hay que acusar de una disolución que era consecuencia inevitable del contacto de la barbarie germánica y la corrupción romana.

Otro reproche se podría hacer á la Iglesia: su impotencia para reformar las costumbres bárbaras. Pero no pidamos á la religión una obra imposible. Formemos juicio del estado del cristianismo al tiempo de la invasión, y del estado de los Bárbaros sobre los cuales tenía que influir. La corrupción de Roma había inficionado hasta la religión de Jesucristo; que se compare la sociedad cristiana descrita por *Salviano*, y la sociedad bárbara pintada por *Gregorio*; la corrupción es la misma, no hay más diferencia que la barbarie por suplemento. Los Germanos tenían por misión regenerar, de concierto con el cristianismo, aquella sociedad. Pero el primer contacto de los conquistadores con los Romanos fué funesto á su moralidad: alterado el mismo cristianismo, no podía ejercer más que una escasa influencia sobre la barbarie embriagada con goces materiales. Para transformarse, la sociedad debía pasar por una larga época de transición; era preciso que muriese el antiguo mundo, para que un nuevo mundo surgiera de sus ruinas. Y ese es el trabajo que se realizó desde el siglo V al XV. ¿Hemos de pedir á una época de decadencia y de transformación la realización del ideal evangélico?

Hemos dicho que la conversión de los Bárbaros fué, por lo general, obra de un instante; y

cundo millares de guerreros se hacían bautizar por la fe de su jefe, ¿se puede esperar que el agua del bautismo le transformase por milagro? El bautismo era el primer paso hacia una vida nueva; pero se necesitaban siglos para terminar la educación de aquellos pueblos en la infancia. Después de todo, la transformación se ha realizado; que se compare la humanidad actual con la sociedad bárbara... ¿A quién debemos este prodigioso cambio? Decir que es el efecto natural del progreso de las luces, como dicen los enemigos del cristianismo, no es decir nada (1). El progreso se verifica bajo la influencia de determinadas causas; se necesita investigar é indicar esas causas. ¿Se cree que la Europa sería hoy lo que es, si no hubiese sufrido la invasión de los Bárbaros ó el Corán hubiese triunfado del Evangelio? Lo que nos ha hecho esto que somos ha sido un principio necesariamente civilizador. ¿Cuál es ese principio? No hay otros más que la raza germánica y el cristianismo. Los Germanos solos hubiesen sido impotentes. Acabamos de indicar algunos rasgos de la corrupción de los Bárbaros: ¿qué hubiera sido de los conquistadores si, en vez de una religión de pureza y de sacrificio, hubiesen encontrado un culto material? Hubieran perecido. ¿Se quiere otra prueba más de que nuestra civilización no se debe exclusivamente al elemento de raza? Que se comparen las virtudes del Germano con el ideal cristiano, tal y como éste se ha realizado, aunque imperfectamente, en nuestras costumbres. Los Germanos tenían por móvil el egoísmo y por fin la satisfacción de los apetitos materiales. El cristianismo recomienda el sacrificio y la abnegación, y provoca los sentimientos más puros de la naturaleza humana (2). La crueldad del Bárbaro ha cedido á la dulzura del Cristo, el furor de la venganza ha hecho lugar á la justicia, y el desfogue de las pasiones y el instinto de la astucia se han sometido al orden y á la moralidad.

Tales son los beneficios del cristianismo. Ya en el primer periodo de la Edad Media, época de confusión y de disolución, se hace sentir la influencia religiosa. Los monjes roturan la Europa, y la cultura intelectual y moral acompaña al cultivo material. La Iglesia es el lazo que une la civilización

(1) DE POTTER, *Hist. del cristianismo*, t. IV, p. 34.

(2) SAN BONIFACIO, en sus sermones, no cesa de predicar la caridad, la humildad y el amor al prójimo (MARTENE, *Amplissima collectio*, t. IX, p. 192, 197, 201, 202, 204, 203, 191, 194).

antigua y el mundo moderno. Las costumbres se transforman, y la corrupción y la brutalidad son combatidas, generalmente con fruto, por la pureza y la humanidad cristianas. Pero no idealicemos el pasado. En realidad de verdad, el catolicismo toma un carácter demasiado exterior, y la moral sufre bastante; la religión cristiana ejerce poca influencia sobre el orden político, y se advierte que le faltan la necesidad y hasta el sentimiento de la libertad. Pero eso, no obstante, humaniza las costumbres con el ejemplo de su caridad y atenúa las males que no puede curar. Aun teniendo en cuenta los vicios inherentes á la doctrina cristiana y aquellos otros que han sido hijos de las circunstancias, el catolicismo conserva un lugar bastante alto en la historia de la humanidad; ha sido el principio civilizador de los tiempos modernos (a).

## § II. — Cultura material é intelectual. — Los monjes.

El cristianismo introdujo en la civilización á los Bárbaros. La Germania y el Norte de la Europa deben su cultura material é intelectual á los misioneros y á los monjes. Filósofos y protestantes hacen en esta parte justicia á la Iglesia: "Los monjes, dice Herder, son los bienhechores de la Europa; sus apacibles ermitas, en medio de pueblos bárbaros, fueron escuelas de perfeccionamiento moral, y la campana de sus celdas resonó como un signo de esperanza en medio de aquellos tiempos borrascosos." "Los monjes, añade otro historiador protestante, han sido más que bienhechores de su siglo; la humanidad entera se ha aprovechado de sus trabajos. La cultura de los desiertos, el roturamiento de los montes, la desecación de los pantanos, son el menor de sus beneficios; su vida era un continuo ejemplo de abnegación y de sacrificio; por tales medios influyeron sobre las poblaciones bárbaras," (1).

¿Cuál era el estado de la Germania ántes de su conversión? El suelo en mucha parte se hallaba

(a) El autor acaba de hacer un elogio, en nuestro sentir, justísimo, del cristianismo. Pero como no hace ánimo de perseverar en ese juicio (más adelante lo veremos), poné por vía de apostilla, para mantener su libertad de acción, lo de «los vicios inherentes á la doctrina cristiana.» Insistimos en creer que Mr. Laurent confunde la doctrina de Cristo con la doctrina católica. —(N. del T.)

(1) HERDER, *Ideen*, XVIII, 3.—PLANK, II, 581.

cubierto de bosques y de lagunas, y la condición de las personas correspondía á la situación del terreno. Los Germanos eran, más que nada, cazadores y pastores; temían perder sus hábitos guerreros si se fijaban en una comarca; y viviendo en chozas diseminadas é informes y cubriéndose con las pieles de los animales que cazaban, eran tan salvajes como los países mismos que habitaban. Los monjes comenzaron por transformar el terreno; se vieron descuajados los bosques; los lagos y pantanos disminuyeron; el pastoreo hizo lugar á la agricultura, y se levantaron aldeas y pueblos alrededor de las celdas de los solitarios (1).

Las ciudades son un grande elemento de progreso, pero no bastan para civilizar un país. Aun no se ha elogiado todo lo que merece la influencia que la Iglesia ejerció en las campiñas. La cultura romana se concentraba en las ciudades; pero las artes y el lujo de algunas de ellas no impidieron que las Galias continuasen en gran parte cubiertas de bosques y de pantanos, como la Germania. Se debe á los monjes el haberse atrevido los primeros á penetrar en los desiertos de los Vosgos y de las Ardenas. Las rocas, cuya forma pintoresca admiramos hoy día, debieron causar horror á los solitarios que entraron en los profundos valles de los Vosgos; debieron parecerles fortalezas levantadas sobre la cumbre de las montañas, y los frondosos pinares que las cubrían debieron aumentar, con su oscuro tinte, el aspecto horrible de aquellos parajes, por los que se caminaba durante días y días sin encontrar alma viviente; los habitantes del país huían de aquellos sitios como de un laberinto, y servían de guarida á los animales carniceros (2). No penetraron en ellos los monjes sin grandes dificultades; tenían que arrastrarse unas veces como culebras entre los matorrales, otras veces tenían que escalar las rocas (3). Las Ardenas presentaban un aspecto no menos salvaje.

Los solitarios cristianos fueron los que esparcieron la civilización por los más recónditos lugares de la Europa; iban en busca de los sitios más aislados y más salvajes. Que se lea en las vidas de los santos la descripción de los parajes donde se levantaron los conventos; eran barrancos, matorra-

les y pantanos, propios más bien para nido de serpientes que para habitación de los hombres. Los nombres mismos de los monasterios indican que los parajes en que se levantaron eran guaridas de bestias bravas (1). Se necesitaba estar muy seguros del apoyo celeste para atravesarse á arrostrar el horror de aquellas madrigueras (2), y después de eso, un trabajo hercúleo para desecar y descuajar el terreno. Tales eran las donaciones hechas á los monjes (3). En el día, las ruinas de los monasterios tienen para nosotros el atractivo de la soledad, el encanto de la naturaleza y del arte; no envidiamos á los monjes aquellos deliciosos asilos, que no siempre fueron el refugio de la pereza. Los fundadores de los monasterios y abadias fueron para la Europa lo que los plantadores americanos han sido y son para el Nuevo Mundo; pero los plantadores estaban animados por el espíritu de lucro, mientras que los monjes trabajaban por la salvación de las almas, y el fruto de su trabajo provechaba á los pobres.

El descuajo y roturación continuaron durante la Edad Media. Gracias á las doctas publicaciones denominadas *Cartularios* y *Polípticos*, podemos seguir el hilo de los trabajos modestos y útiles de los monasterios durante los siglos IX y X. El abad de San Germán, Irminón, plantó noventa y cuatro y media aranzadas de viña, y descuajó un terreno en que se podrían sembrar sesenta almudes de trigo; puso en cultura una isla de seis estadios de extensión, é hizo plantar dos montes, uno de doce estadios y otro de siete (4). ¿A quién debe la humanidad esos beneficios? A San Benito, organizador del monaquismo occidental. Los monjes del Oriente divagaron, abismándose en los espacios del espiritualismo cristiano. San Benito les dió por misión el cultivo de la tierra. Citemos la regla que ha transformado á la Europa: "La ociosidad es enemiga del alma; los hermanos deben estar ocupados durante ciertas horas en

(1) Tal es el monasterio de *Stavelot*. NOTGERUS, en la vida de *San Remacio*, dice (c. 13, BOUQUET, III, 543): «Quod feræ eo undique seu ad stabulum vel pastus causa confluerent, antiquitus ille locus Stabulus dictus fuit, quod nomen vir sanctus (Remacius) minime sensit immutandum, sed et dici et esse voluit stabulum fidelium animarum, eo tanquam ad æternæ vitæ pascua deinceps properaturarum.»

(2) «Superno auxilio roboratus, horribiles squalores loci expevit» (BOUQUET, III, 577).

(3) Lo que decimos de las Galias es igualmente cierto de Italia (MURATORI, *Antiq.*, II, 163).

(4) GURARD, *Políptico del abate Irminon*, t. I, p. 13.

(1) MIGNET, *La Germania en el siglo VIII*.

(2) Traducimos literalmente de la *Vita Sancti Gundelberti*, número 3 (BOUQUET, t. III, p. 583).

(3) *Vita S. Deodati*, núm. 9, en BOUQUET, III, 585.

trabajos manuales, y durante otras en lecturas santas,, (1). Después de haber reglado las horas de trabajo, añade San Benito: "Si la pobreza del lugar, la necesidad ó la recolección de frutos obligan á los hermanos á un constante trabajo, que no se afijan por ello, porque son verdaderamente monjes si viven del trabajo de sus manos, así como lo hicieron nuestros padres y los apóstoles.,"

La roturación del suelo era el principio de la cultura intelectual. Hase imputado á la Iglesia la barbarie de la Edad Media; un escritor protestante va á responder por nosotros á esa imputación (2). "¿Qué hubiera sido de la Europa, después de la invasión de los Bárbaros, si los restos de la civilización antigua no hubieran encontrado un asilo en los monasterios? Los historiadores comparan la inmigración de los pueblos del Norte á un diluvio, y la Iglesia es el arca que únicamente sobrenadó, en medio de la tempestad y de las tinieblas, sobre el abismo que amenazaba tragarse todo cuanto había producido la antigüedad en ciencias y en artes; ella cultivó ese débil germen, y el fruto ha sido la civilización moderna, más rica y más extendida que la de los antiguos., El cristianismo es el lazo intelectual entre dos mundos, un puente sobre el abismo.

La bella carta de Carlomagno sobre las escuelas la dictó el cristianismo; citémosla otra vez; es la gloria más pura de aquel grande hombre, y es también un título de la Iglesia al agradecimiento de la humanidad. El rey de los Francos escribió al abad de Fulda: "A nosotros y á nuestros fieles nos ha parecido útil que en los obispados y en los monasterios confiados á nuestra dirección no se limiten solamente á la vida religiosa, sino que se apliquen al cultivo de las letras, instruyéndose cada uno según su capacidad, á fin de que aquellos que deseen agradar á Dios viviendo bien, no desdeñen el agradarle hablando bien. Porque aun cuando valga más el obrar bien que el saber, se necesita, sin embargo, saber para obrar. Debe, pues, cada uno conocer lo que quiere ejecutar, para que el alma comprenda mejor lo que debe hacer. En muchos escritos que nos han dirigido de diferentes monasterios estos últimos años, hemos encontrado muy buenos sentimientos, pero un lengua-

(1) *Regula S. Benedicti*, c. 38.

(2) MACAULAY, *Hist. de Inglaterra*, c. I.

je muy tosco; y esto nos ha hecho temer que la poca habilidad en el modo de escribir conduzca á poca sabiduría en la inteligencia de las Santas Escrituras. Todos sabemos que si los errores de palabra son peligrosos, los errores de sentido lo son mucho más. Deseamos, pues, que seáis, como deben ser los soldados de la Iglesia, devotos interiormente, castos en la vida, clásicos en el lenguaje,, (1).

Los conventos vinieron á ser una especie de fortaleza donde se guareció la civilización (2), y al mismo tiempo, eran establecimientos agrícolas, industriales y literarios. Había al lado de cada monasterio una escuela exterior y pública donde acudían los chicos de las cercanías, y allí se les enseñaba los principios de la religión, la oración dominical, los salmos, el canto llano y la gramática. Había, además, escuelas interiores para los monjes exclusivamente, donde se les enseñaban las ciencias sagradas y profanas, es decir, las siete artes liberales y la teología, que se reducía al conocimiento de los dos Testamentos, de los Santos Padres y de los cánones (3).

Los monasterios nos han transmitido los libros y los idiomas de la antigüedad; sin ellos se hubiese roto la cadena que ata el pasado al presente. Había en los conventos monjes encargados de copiar los libros, que otros comprobaban; añadiendo pinturas y ornamentos de oro, los encuadernaban con exquisito cuidado y algunas veces con magnificencia (4). Los monasterios son los que han suministrado á la ciencia casi todos los manuscritos que poseemos de la literatura antigua (5). Rindamos homenaje al primero que concibió la idea de emplear los ocios de los religiosos en multiplicar las copias de las obras maestras sagradas y profanas, sin las cuales no existiría nuestra civilización. *Cassiodoro* (6), en las instrucciones que da á los monjes, dice: "Por medio de esa ocupación se cul-

(1) *Constit. de scholis*, a. 788 (BALUZE, 201), traducción de MIGNET.

(2) CHATEAUBRIAND, *Estudios históricos*.

(3) MIGNET, según MABILLON, *Acta Sanctorum*, sæcul. III, P. I, Prefacio, p. 15 y siguientes.

(4) MIGNET, según las *Antigüedades Fuldenses*, c. 11.

(5) *Hist. literaria de la Francia*, por los RELIGIOSOS BENEDICTINOS, t. III, p. 31.

(6) CASSIODOR., *De Institutione divinarum litterarum*, c. 30 — CASSIODORO es el primero que impuso á los frailes trabajos literarios. En la regla primitiva de *San Benito* se habla de lecturas, pero no de copias de manuscritos (GIEBELER, *Kirchengeschichte* tomo I, p. 686, § 117).

tiva saludablemente el espíritu; y es un medio propio al mismo tiempo para esparcir á lo lejos los preceptos del Señor. ¡Dichosos ejercicios! ¡Dichoso trabajo en que se encuentra el secreto de predicar con la mano, de hablar con los dedos, de procurar la salvación á los hombres con la tinta y la pluma, contra las sorpresas engañosas del demonio!.,

Hemos hecho justicia á los beneficios del monaquismo occidental. No es este el lugar de ajuiciar la institución bajo el punto de vista religioso; á ello vendremos en la serie de nuestros estudios: Las órdenes monásticas han tenido la singular suerte de que los historiadores y los filósofos las elogien por los servicios que han prestado á la agricultura y á las ciencias, en tanto que sus fundadores no vieron en aquellas ocupaciones más que un medio de prevenir la ociosidad. Por lo que toca al desarrollo de la inteligencia, les era profundamente antipático. El fin que perseguían era un espiritualismo que se podría calificar de insensato, porque cortaba los lazos del alma con el cuerpo, destruyendo á éste y rebajando la inteligencia. Tan extremado espiritualismo era imposible, porque violaba las leyes de la naturaleza, y de ahí la irremediable decadencia del monaquismo y su caída.

### § III.—Influencia moral.

#### N.º 1.—El matrimonio cristiano.

El mundo antiguo pereció en la podredumbre de la corrupción moral, y era tal su decrepitud, que no encontró fuerza en sí mismo para regenerarse. Dios envió á los Bárbaros para refrescar la sangre y renovar la vida. La regeneración moral era la gran misión del cristianismo. Hay que representarse las dificultades de esa obra para tener una idea del servicio que la Iglesia prestó á la humanidad. No repetiremos aquí las invectivas de Juvenal contra las costumbres de su tiempo. El matrimonio romano, con la facilidad del divorcio, había llegado á ser una prostitución, que se cubría bajo las formas de la ley. El abuso sobrevivió al paganismo, puesto que, al principio del siglo V, un orador cristiano dice que los hombres cambiaban de mujer tan frecuentemente como de camisa (1). Los emperadores quisieron suprimir el divorcio por

(1) ASTERIUS, en COMBESIS, *Auctarium*, t. I.

consentimiento mutuo pero se vieron obligados á aplazar sus decretos, porque los esposos, no pudiéndose divorciar, se envenenaban (1).

Un Padre de la Iglesia ha hecho á los Bárbaros la justicia de atestiguar que se distinguían por la pureza de sus costumbres (2); pero la disolución de la antigua sociedad germánica y el contacto con el lujo, con los placeres y la corrupción de Roma, encendieron las pasiones de los conquistadores. Los reyes bárbaros habían gozado siempre el privilegio de la poligamia. En los bosques de la Germania tomaban muchas mujeres (a) para aumentar su influencia; pero en las Galias, la brutalidad les dominó por completo. Los reyes merovingios tomaban y dejaban mujeres ó se casaban con varias á la vez sin escrúpulo y sin medida; los escritores contemporáneos comparan uno de aquéllos á Salomón, no por su sabiduría, sino por el número de sus concubinas (3). Unian el incesto á la bigamia. Entre mil rasgos referidos por *Gregorio de Tours*, vamos á citar uno que caracteriza la inmoralidad de los Merovingios:

"Clotario, uno de los hijos de Clodoveo, casó con una joven de humilde esfera. El amor que tenía á *Ingonda* no le estorbaba el tener otras muchas queridas, lo cual toleraba la mujer con humilde sumisión. Un día le dijo: "El rey, mi señor, ha hecho lo que ha querido de su humilde servidora y me ha llevado á su lecho; pero colmaria sus bondades si acogiese la súplica de su servidora. Tengo una hermana, llamada *Aregonda* consagrada á vuestro servicio; dignaos proporcionarla, yo os lo ruego, un marido que sea valeroso y que tenga algunos bienes, á fin de que yo no sufra humillación por causa de ella., Esta súplica despertó la curiosidad y el antojo liviano del rey; vió á *Aregonda*, la tomó consigo y la dió el título de esposa. Al cabo de algunos días, llamó á *Ingonda* y la dijo: "Me pedias con gran interés una gracia, y he querido concedértela; he buscado para tu hermana un hombre rico y prudente, y no he encontrado ningún otro mejor que yo mismo. Sabe, pues, que he hecho de ella mi esposa, lo cual me parece no te desagra-

(1) *Novela* 150.

(2) SALVIANO. Véanse mis *Estudios sobre el cristianismo*.

(a) No es eso lo que nos dice Tácito, y lo que ha sido objeto de los elogios del mismo Mr. Laurent á las costumbres puras de los Germanos.—(N. del T.)

(3) «Dagobertus tres habebat ad instar Salomonis reginas, maximam et plurimas concubinas» (FREDEG., *Chron.*, c. 60).